Un viaje sin ataduras

Ernesto Puig

Un viaje sin ataduras

Ernesto Puig

Avant
editorial

Primera edición,septiembre de 2026
© Ernesto Puig , 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-88206-73-3
THEMA: FRE - FBA - FPCA - FRD - DN
DEPOSITO LEGAL: M-21505-2026

Para Alelí,

tu amor, tu confianza y tu apoyo
hicieron posible esta historia.
Gracias por compartir conmigo
este viaje extraordinario.
Sin ti, este libro simplemente
no existiría.

Prólogo

Un viaje sin ataduras no es, en sentido estricto, una novela ni un simple conjunto de relatos eróticos. Es, más bien, una arquitectura de distintas voces. Un conjunto narrativo donde el deseo no se presenta como unívoco, sino como una experiencia múltiple, fragmentada y profundamente humana.

En sus páginas, el lector no encuentra una sola mirada, sino una polifonía cuidadosamente construida. Gustavo, Camila, Daniela y las diversas mujeres que habitan estos relatos no son meros personajes: son perspectivas del deseo. Cada uno habla desde su propia biografía emocional, desde su historia corporal, desde sus heridas y sus descubrimientos. Esta multiplicidad de voces no es un recurso formal gratuito, sino el núcleo mismo de la obra.

En ese sentido, uno de los mayores logros del autor radica en su capacidad para delinear diferentes perfiles psicológicos, verosímiles y complejos. Cada relato no solo narra un encuentro, sino que expone inseguridades, contradicciones, formas de amar y de entregarse. Hay mujeres que descubren su deseo, otras que lo utilizan como refugio, y otras que lo exploran como afirmación identitaria. En todas ellas, el erotismo deja de ser un acto

aislado para convertirse en una expresión de la historia psíquica de cada personaje.

En el centro de esta constelación se encuentra la relación entre Gustavo y Camila, cuya singularidad sostiene y hace posible el despliegue de todas las demás historias. Su vínculo, libre de celos tradicionales, abierto a la exploración y sostenido en una complicidad poco habitual, opera como una plataforma narrativa y emocional. No se trata simplemente de una pareja no convencional, sino de una forma distinta de comprender el amor, donde la libertad del otro no amenaza, sino que fortalece el vínculo. Esta particularidad permite que el relato avance hacia territorios que la literatura erótica suele evitar o tratar superficialmente, como la ausencia de posesión o la validación del deseo ajeno.

Desde esta base, la obra trasciende el registro erótico para instalarse, también, en el terreno de la observación psicológica. *Un viaje sin ataduras* puede leerse como un estudio narrativo de las formas del deseo: la bisexualidad femenina, la fluidez afectiva, la exploración de límites, el placer en la dominación, la sumisión o la infidelidad.

En varios pasajes, el sexo aparece no solo como placer, sino como lenguaje terapéutico, como espacio de reparación o de reconfiguración identitaria. En este sentido, la obra ofrece, sin pretensión académica, pero con notable intuición, un aporte significativo a la comprensión de la experiencia erótica desde la psicología del

vínculo. La sexualidad aquí no se siente como una limitación, sino como un abanico de posibilidades infinitas para saborearla al máximo.

Esta dimensión sitúa al libro en una tradición reconocible, pero también lo distingue de ella. Hay rasgos evidentes de la influencia de autoras como Anaïs Nin, de Marguerite Duras y de Almudena Grandes (particularmente en *Las edades de Lulú*) en la transgresión de los límites sociales del erotismo. Sin embargo, esta obra se distancia de esas referencias en un punto clave: aquí no hay una mirada trágica del deseo, ni una narrativa centrada en la culpa o la autodestrucción. Por el contrario, lo que emerge es una ética distinta del placer, más cercana a la aceptación, a la exploración consciente y a la libertad emocional.

En esta línea, *Un viaje sin ataduras* no solo dialoga con la tradición del erotismo literario, sino que también la reinterpreta y la proyecta hacia una sensibilidad distinta. No es una obra que se limite a estimular los sentidos; es un texto que busca comprenderlos, desentrañarlos, someterlos a una mirada más consciente. Provoca, sí, pero sobre todo interpela, desplazando al lector desde la comodidad de la contemplación hacia un espacio más íntimo y reflexivo.

En este libro, el lector sonríe, reflexiona y reaprende a través de cada historia en distintos lugares, con distintos personajes.

Adentrarse en este libro es, en definitiva, aceptar una invitación silenciosa pero profunda. No solo a observar las experiencias de otros, sino a reconocerse en ellas y a confrontar los propios márgenes.

Una complicidad silenciosa

Desde afuera, Gustavo y Camila parecían una pareja como cualquier otra. Profesionales, él con una carrera que lo había llevado a viajar mucho y a vivir en otros países; ella, con una profesión en el ámbito social que la vinculaba al mundo real, del cual Gustavo estaba más distante. Ambos venían de matrimonios anteriores que terminaron disolviéndose con el tiempo.

Llevaban juntos tantos años como los que estuvieron en sus matrimonios previos, construyendo un vínculo sólido, con sus propias rutinas y en torno a gustos compartidos.

Se movían con naturalidad entre amigos y familiares, viajaban con frecuencia, disfrutaban del arte y la música, leían los mismos libros y los comentaban en tardes que a veces terminaban en una siesta.

Para los demás, su relación tenía una estabilidad envidiable. No se mostraban efusivos en público y no necesitaban besos ni caricias evidentes para reafirmar el cariño que se tenían, pero los que los rodeaban percibían algo en ellos: una intensidad que no era común en parejas con tantos años juntos.

Quizás eran ciertos gestos sutiles que los delataban, como la manera en que Gustavo acariciaba bajo la mesa

los pies de Camila mientras hablaban con absoluta normalidad en reuniones familiares, o el modo en que ella lo miraba, o la naturalidad con la que elegían un fin de semana completo de encierro, rechazando invitaciones sin mayores explicaciones.

Más de una vez, amigos o familiares hicieron comentarios con un dejo de broma, pero con una curiosidad que no terminaban de ocultar.

Camila siempre llamaba la atención. Si bien no era muy alta, tenía una silueta de perfectas proporciones de sus pechos, cintura y trasero. A lo anterior se sumaba un bello rostro con unos grandes ojos cafés y una sonrisa agradable que iluminaba cualquier espacio en el que ella estuviera. Pero la debilidad de Gustavo por Camila eran sus piernas.

Gustavo no tenía dudas de que algunos de los hombres en su familia y en la de Camila la miraban de otra manera, lo que era entendible. No era solo admiración, sino el deseo en la mirada masculina de admiración. Camila también lo sabía, pero, lejos de incomodarse, la situación les divertía y bromeaban con ello en la intimidad. *«Si supieran»*, comentó alguna vez Gustavo a Camila.

Fue en este contexto, entre reuniones de amigos y viajes compartidos, entre cenas familiares y escapadas a solas, donde comenzaron las preguntas de Camila.

Al principio con una curiosidad casual; luego, con un interés más profundo. Quería saber más sobre

Gustavo, sobre las mujeres que habían sido parte de su historia. No preguntaba con celos ni inseguridad, sino con una intención distinta, con una inquietud latente que él supo leer incluso antes de que ella misma lo entendiera.

Así, lo que empezó como simples conversaciones se convirtió en algo más: en una exploración de sus propios límites, en un descubrimiento mutuo, en un viaje del que ninguno de los dos imaginó hasta dónde los llevaría.

PRIMERA PARTE.

I.- Palermo

por Gustavo.

Cuando Camila me pidió que le contara sobre mis historias pasadas, me sorprendí. Nunca pensé que alguien pudiera disfrutar tanto de escuchar sobre experiencias previas, pero para ella los celos conmigo no existían.

En su lugar había una curiosidad genuina, una fascinación que la hacía vibrar con cada relato. Así, después de una copa de vino, me animé a contarle sobre Daniela y una noche en Buenos Aires inolvidable.

Era septiembre de 2009 y la llegada de la primavera ya entibiaba la ciudad. Después del frío de Cracovia y Praga, estábamos felices de disfrutar del calor. Las noches ya eran cálidas en Buenos Aires, que irradiaba una energía muy particular. Daniela era la representación perfecta de esa energía. Diez años menor que yo, tenía un cuerpo muy bien conservado a pesar de haber dejado el modelaje hacía algunos años. Sabía cómo moverse con seguridad y gracia.

Esa noche optó por un vestido negro ajustado, corto, sin sostén, dejando que la perfección de sus senos de tamaño medio y sus pezones se insinuaran bajo la tela. Sus tacones altos marcaban el ritmo de su andar decidido y provocador. Era el tipo de mujer que todos miraban y ella lo sabía.

El club en Palermo.

Decidimos visitar un club nocturno que ofrecía espectáculos eróticos en Palermo. Al entrar, nos dimos cuenta de que el lugar tenía un ambiente decadente, con una barra larga, varias mesas dispersas y un pequeño escenario. Había mujeres con poca ropa que intentaban captar la atención de los hombres. No era lo que buscábamos. No había más parejas, salvo las mujeres que trataban captar un cliente. El ambiente estaba más enfocado en encuentros transaccionales que en el *show*. Aun así, decidimos quedarnos un rato. Pedimos dos copas de espumante y nos sentamos en una mesa en un rincón oscuro.

Daniela irradiaba sensualidad. Mientras bebíamos, sus ojos se clavaron en los míos con intensidad. Nos besamos, primero con suavidad, pero pronto los besos se volvieron cada vez más intensos. Deslicé una mano bajo su vestido, encontrando su piel cálida y húmeda. Sus senos eran perfectos, erguidos, con pezones que reaccionaron inmediatamente al tocarle las piernas. Ella, en respuesta, llevó su mano a mi entrepierna, presionando sobre el pantalón. Sentí cómo mi erección crecía bajo sus dedos.

El secreto de Daniela.

Daniela se levantó para ir al baño. La seguí con la mirada mientras caminaba, dándome cuenta de que no era el único hombre que lo hacía. Su figura destacaba en ese lugar, más aún entre las otras mujeres que, ligeras de ropa, se movían entre las mesas. Ella era diferente. Era atractiva, segura y eso la hacía irresistible. Cuando regresó, se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

«*Me saqué la bombacha*».

En ese instante pensé que Daniela era como las mujeres de los libros de Anaïs Nin, dueña de su deseo, sin dudas ni vacilaciones.

Esa frase fue suficiente para encenderme por completo. Mi respiración se aceleró y mis manos se movieron instintivamente bajo la mesa.

Mis dedos encontraron su entrepierna, cálida y húmeda. Una invitación que no podía ignorar. Deslicé un dedo, sintiendo su intensa humedad y cómo se contraía ligeramente al contacto. Su respiración se volvió más pesada y sus gemidos suaves eran apenas audibles entre el ruido del lugar. En el ambiente se escuchaba un tango en una grabación antigua entre las conversaciones de las mesas. Mientras mis dedos jugaban con su punto más sensible, ella luchaba por bajar el cierre de mi pantalón.

«*Te quiero besar*»", dijo, con los ojos brillantes.

«*¡Hazlo!*»", le dije, sin dudarlo.

El final abrupto.

Finalmente, bajo la mesa, logró liberar mi erección, pero antes de poder continuar, un camarero se acercó a nuestra mesa. Con un tono severo y una mirada poco amistosa, nos exigió que nos fuéramos de inmediato. Su presencia fue como un balde de agua fría. Daniela lo fulminó con la mirada, furiosa por la interrupción. Sin embargo, no tuvimos más remedio que salir.

Caminamos por la calle alejándonos del local. El silencio entre nosotros estaba cargado de tensión. Daniela, decidida a no dejar que aquella noche terminara de esa manera, me tomó de la mano y me llevó hacia un portal poco iluminada. Su determinación era tan sensual como todo en ella. Sin decir una palabra, se arrodilló, bajó el cierre de mi pantalón y su boca se dedicó a lo que el camarero había interrumpido.

Sus labios me envolvieron mientras sus manos me acariciaban. El placer era intenso y se acrecentaba por la audacia del momento. Daniela no se detenía; nuestros ojos se encontraban de vez en cuando, desafiándome a mantener la compostura. Cuando finalmente llegué al clímax, ella lo recibió todo, sin apartarse ni un segundo. Cuando terminó, se levantó saboreándose, me besó intensamente y compartió el sabor de nuestro deseo.

«*Te amo*», me dijo, todavía con la voz entrecortada, antes de tomarme de la mano para seguir caminando.

...